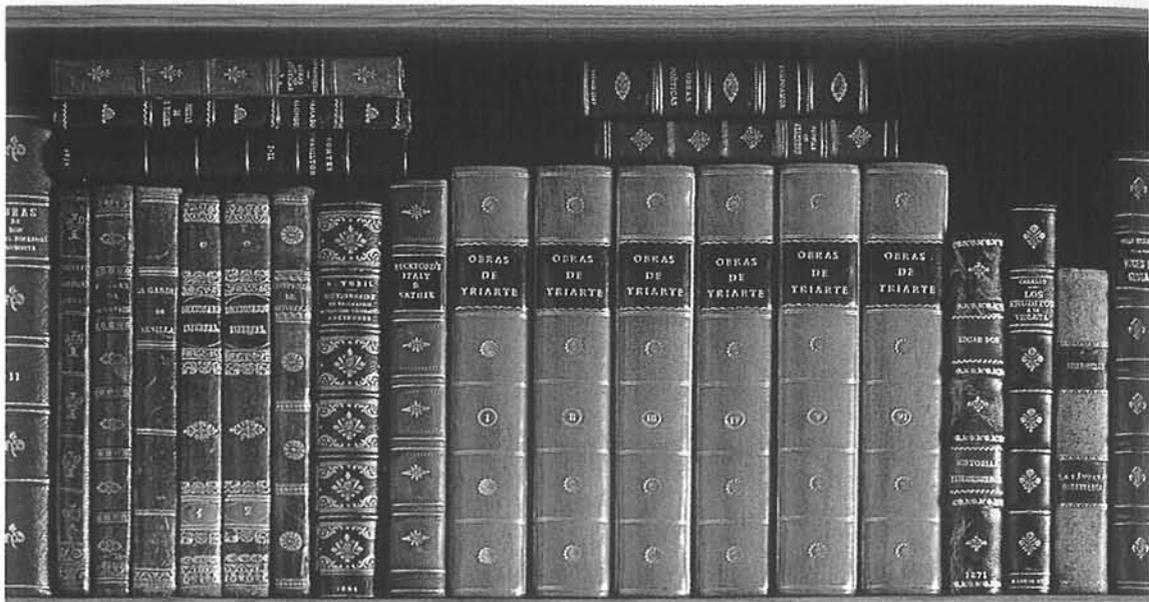


BIBLIOTECA



El lugar del Paraíso*

En su más reciente novela, *El paraíso en la otra esquina*, Mario Vargas Llosa vuelve a indagar en uno de los temas que más ha espolcado la imaginación de los hombres en todos los tiempos: la búsqueda de la utopía, y para hacerlo acude a la existencia de dos figuras fascinantes unidas por la sangre y separadas por el tiempo que, desde la desmesurada esfera de sus sueños, trataron de incrustar sus anhelos en la realidad e hicieron de su vida una odisea cargada de rebeldía, audacia e idealismo, una agonía luminosa que nos permite asistir a la búsqueda de ese paraíso de los grandes soñadores donde la felicidad resulta posible, ese paraíso que se oculta siempre a la vuelta de la esquina como un futuro tantálico que parece cercano y a la vez inalcanzable.

El siglo XIX fue el siglo de las grandes utopías en Francia y en el mundo occidental y para mostrar cómo se dio esa efusión de sueños y la forma como un ideal puede cambiar la vida de un hombre cuando la ilusión ha anidado en su alma, el escritor peruano acude a la existen-

cia difícil y signada por la adversidad de la reformadora social y primera gran feminista de la historia Flora Tristán (Saint-Mandé, 1803-Burdeos, 1844), y a la itinerante vida de su nieto el pintor Paul Gauguin (París, 1848-Atuona, Islas Marquesas, 1903) quien renegó de la civilización francesa y huyó hacia el archipiélago tahitiano en busca de un mundo primigenio donde el arte no se hubiera segregado de la totalidad de la existencia y unido a la religión formara parte de la vida cotidiana de los hombres enriqueciéndola con su fuerza y su vitalidad espiritual.

La idea de que la sociedad perfecta es posible y que el hombre puede encontrarla en una isla remota o diseñarla y hacerla florecer sobre la tierra es una idea esencialmente decimonónica, aunque pensadores como Platón, Tomás Moro y Tommaso Campanella ya habían expresado este anhelo en el Renacimiento y en la antigüedad, pero es en el siglo XIX cuando pensadores como Saint-Simon y Étienne Cabet llevan esta idea a su máxima expresión a través de sus escritos y sus acciones revolucionarias. Flora Tristán y Paul Gauguin, con su deseo de una sociedad más justa y su propósito de fuga hacia una Arcadia primitiva y vital, encarnan las dos caras de este anhelo de imposibles que a pesar de hallarse encaminado en distintas direcciones, confluyen en un mismo sueño,

* *Mario Vargas Llosa* *El paraíso en la otra esquina*, Madrid, Alfaguara, 2003, 485 pp.

en la búsqueda de la perfección y el absoluto. No se trata entonces de que Vargas Llosa a la manera de Plutarco, intente recrear en esta novela las vidas de dos personajes que resultan paralelas en sus luchas y actitudes, sino que al confrontar la existencia bohemia, perdularia e individualista del pintor Paul Gauguin con la vida austera, disciplinada y generosa de su abuela Flora Tristán, abarca, de algún modo, por medio de sus historias la pluralidad de anhelos, de deseos y de ambiciones idealistas que conforman ese mundo de utopías que fue el siglo XIX.

Distribuida en veintidós capítulos en los que los pares corresponden a Paul Gauguin y los impares a Flora Tristán, Vargas Llosa reconstruye en la novela de forma retrospectiva la vida de ambos personajes apoyado en los hechos históricos que se conocen, pero desplegando las alas de la imaginación en sus zonas oscuras para iluminarlas con su maestría narrativa: el viaje al Perú en el caso de Flora que la transformó en pocos meses de una joven inconforme, que huía del yugo del matrimonio junto a un hombre que la maltrataba y soñaba borrar el estigma de su nacimiento como hija de una unión ilegítima entre el aristócrata peruano don Mariano Tristán y Moscoso y una dama francesa, y ser reconocida por su familia peruana para alcanzar la fortuna que su origen le había negado,

en una reformadora social que consagraría su vida y sus esfuerzos a luchar denodadamente con la pluma y la palabra por la justicia social, la emancipación de la mujer y de la clase obrera; y el descubrimiento de la belleza, la vitalidad y la fuerza que pueden ser apresadas en un lienzo en el caso de Gauguin, convicción que lo lleva a abandonar a su familia y su existencia de burgués atareado en las especulaciones de la Bolsa de París y a escapar como un demiurgo solitario y exiliado en busca de un mundo primitivo que pudiera revelarles ese arte exuberante y vital que su corazón anhelaba.

El viaje es la aventura del conocimiento humano por excelencia y no es de extrañarnos que en ambos protagonistas esta experiencia resulte decisiva. Flora descubre fascinada la vida y las costumbres de esa joven república que era el Perú de 1848 a la que arriba luego de una increíble travesía de seis meses que la lleva de Burdeos a Valparaíso en un barco en el que ella era la única mujer, y realiza en su libro *Peregrinaciones de una paria*, que más tarde la haría conocida en toda Europa, un lúcido retrato de aquel país feudal y violento de tremendos contrastes sociales y económicos y profundos antagonismos raciales y religiosos en cuya sociedad descubre, sin embargo, una reveladora condición de la mujer pues, por extraño que parezca, en ese mundo